

## MEMORIAL DE UN DEBATE CON EL MUNDO MECÁNICO

EN TORNO A *EL TRABAJADOR* DE JÜNGER

**Marcos García de la Huerta**

Se propone aquí una lectura en dos niveles de *El trabajador* de Jünger. Un primer nivel 'filosófico' que ve el 'predominio de la Figura del Trabajador' como un signo a la vez promisorio y amenazador —en todo caso, irrefragable— del despliegue del poder de la técnica. En un segundo nivel, 'político', se trata de asociar esa lectura filosófica del presente con la cuestión acerca del papel que Alemania habría de cumplir como agente historial de ruptura y como poder gerencial del mencionado predominio de la Figura.

**E**rnst Jünger es uno de los más brillantes representantes de lo que Armin Mohler llamó la “revolución conservadora” o “revolución nacionalista” en la Alemania de las primeras décadas del siglo. *El trabajador* reviste un interés particular, desde luego porque en cierto modo anunció el gran vuelco de la historia alemana y mundial, que sobrevino poco después

---

MARCOS GARCÍA DE LA HUERTA. Licenciado en Filosofía y Licenciado en Ciencias Económicas, Universidad de Chile. Doctor en Filosofía en la Universidad de París. Profesor investigador en el Centro de Estudios Humanísticos de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas, Universidad de Chile. Autor, entre otros libros, de *La técnica y el Estado moderno* (Edeh, Santiago, 1980), *Crítica de la razón tecnocrática* (Editorial Universitaria, Santiago, 1990).

*Estudios Públicos*, 69 (verano 1998).

de su publicación en 1932. No faltó por eso quien le atribuyera a la obra algún tipo de influencia sobre ese giro de los tiempos, lo que no constituía precisamente un halago.

Jünger ha creído necesario responder a tales impugnaciones, seguramente por la extraña articulación y hasta afinidad aparente de algunas de sus ideas con los motivos ideológicos del nacional-socialismo. El mismo ha rechazado, en todo caso, esa pretendida “influencia” aduciendo que un libro no puede tener la capacidad de determinar la historia; además, señala, “apareció demasiado tarde en relación a los acontecimientos”.

Refiriéndose a este libro, Jünger escribió en su *Diario*: “*El trabajador* actúa exactamente como un autómatas: aquí y allá me trae adversarios y partidarios que me desconciertan por igual. Su característica es la de un hijo que no quiere en absoluto obedecer a su padre. Con eso muestra su parentesco con el mundo de la técnica”. “Me es caro porque he puesto en él mucho de mi propia sangre: es el memorial de un debate con el mundo mecánico. Lo recorrí como uno atraviesa las grandes batallas y es en eso que el libro permanece ejemplar pues no se puede escapar a ese mundo. No se abre sino un camino, el de la salamandra que lleva a través de las llamas”.

Joaquín Fernandois, por su parte, afirma que este libro “ha sido una de las grandes incógnitas del ensayo político del siglo. Ha fascinado y horrorizado; ambas reacciones perduran hasta nuestros días”<sup>1</sup>.

La fecha de aparición de la obra, 1932, es un momento marcado por el fantasma del quiebre bursátil, la depresión y el ascenso de Hitler al poder. Una inflación desatada devora los ingresos mientras Alemania permanece agobiada por una deuda colosal que le fue impuesta por las potencias victoriosas en el Tratado de Versalles (1918). De los mismos aliados han surgido voces admitiendo el error que implicó esa indemnización. Maurice Thorez, por ejemplo, la califica de “yugo execrable”. Jünger lee algo elípticamente este hecho como otro signo de los tiempos: “Se han visto surgir formas de represalia desconocidas hasta ahora, a las que es sometido el vencido”. Describe así la situación de esos años: “Las casas de detención se llenan con un nuevo tipo de hombre, de ex oficiales, de propietarios de tierras, expropiados por el impuesto, de universitarios cesantes. Rápidamente se domina la metodología de la argumentación social a la que se sabe agregar una punta de alíno cínico que confiere amargura. Se consti-

<sup>1</sup> Joaquín Fernandois, “Ernst Jünger, escritura en tiempos de catástrofe”, en *Estudios Públicos*, 58 (otoño de 1995). En ese mismo número, con ocasión del centésimo cumpleaños, se publicaron tres estudios sobre Jünger y una muy buena selección de textos preparada por J. Fernandois. El ensayo de Arturo Fontaine Talavera, “¿Por qué Jünger?”, contiene justamente una breve pero certera interpretación de *El trabajador*.

tuye así un lenguaje que maneja términos como “voluntad popular”, “libertad”, “constitución”, “legalidad” como “puñales envenenados”<sup>2</sup>.

Jünger no intenta, sin embargo, legitimar su escritura a través de un recurso a la historia. De eso él ha dejado constancia en los prefacios a ediciones del libro posteriores a la Segunda Guerra. No hay tampoco en él un intento manifiesto de crear una agenda política o la intención de enmendar alguna existente. Lo que no hace sino acrecentar el enigma que plantea la lectura de este libro.

No menos importante que el carácter anticipatorio de la obra es, en todo caso, la considerable influencia que tuvo sobre el pensamiento de Heidegger y que se refiere a su concepción de la técnica y del nihilismo. El libro contiene, en efecto, una lectura del presente desde la perspectiva de la movilización del mundo por medio del trabajo, del predominio de la Figura del Trabajador y del poder de la técnica. Esta sería la lectura que llamaremos “filosófica”, a falta de mejor nombre. Pero ahí está también su antiliberalismo, sus reiteradas críticas al parlamentarismo, a las democracias occidentales y a la forma puramente táctica de su conducción, que ha descompuesto el modo de la convivencia. “Es la situación en que nos encontramos y es a ella que corresponde el lenguaje que ha llegado a ser corriente en las relaciones entre democracias nacionales. Lengua de la que es preciso conocer las reglas de juego, aunque en el fondo nadie crea ya en ella. Es preciso estudiar en esta mezcolanza de rutina, escepticismo y cinismo que define el tono de las conferencias sobre indemnizaciones de guerra y desarme. He aquí la atmósfera de ciénaga que no se podrá purificar más que a golpes de explosión”<sup>3</sup>.

Jünger llegará a admitir la posibilidad de solidarizar con las fuerzas de descolonización justamente en virtud de un principio táctico por demás dudoso: “todo lo que puede dañar al adversario es benéfico”<sup>4</sup>. Las condiciones del enfrentamiento con el otro bando han cambiado: “es muy diferente encontrarse enfrentado a príncipes, castas militares, pueblos montañeses y bandas de salteadores amotinados que a gente educada en universidades europeas, abogados, miembros de parlamentos, periodistas, premios Nobel y poblaciones en las que se ha despertado el sentido de la fraseología humanitaria y de la justicia abstracta”<sup>5</sup>.

No menos categóricas son sus reservas frente a la Sociedad de las Naciones y sus anuncios de un final de la dominación de la burguesía.

<sup>2</sup> Ernst Jünger, *Der Arbeiter* (Stuttgart: Ernst Klett, 1981), II Parte, apartado 71 (II, § 71).

<sup>3</sup> *Ibidem*, II, § 69.

<sup>4</sup> *Ibidem*, II, § 75.

<sup>5</sup> *Ibidem*, II, § 69.

En cualquier caso, esta lectura, más política, no es suficiente y tampoco es la más fácil, porque Jünger, pese a las afinidades manifiestas, puso mayor distancia y reparos frente a la política del *Reich* que muchos de los más connotados escritores de esa generación de ultranacionalistas. Al centrar el significado del libro en lo político se le restaría además actualidad y vigencia, porque se lo inscribiría en una situación del pasado alemán que en lo sustantivo ya está superada.

Digamos de paso que Jünger peleó como soldado de infantería en la Primera Guerra Mundial. Al menos dos de sus obras llevan títulos suficientemente expresivos: *Tempestades de acero* y *La guerra de material*. Tres rasgos del conflicto dejaron una huella duradera en el joven Jünger: el poder destructivo de las nuevas armas, su letalidad, y la consiguiente subordinación del coraje individual al poderío de las máquinas. Las arengas y gritos de asalto de las clásicas cargas de infantería quedaban sofocadas bajo el martilleo de la metralla. La rapidez y maniobrabilidad de los artefactos, aviones y tanques, deciden una batalla. A la postre, quien dispone de la industria de guerra más pesada es el que sale victorioso. Las nuevas armas, por otra parte, producen la muerte a distancia, una muerte más inhumana, más desalmada. No se ve la mirada del que cae, no se escucha su último aliento ni su sangre salpica al agresor. A la distancia, en cambio la muerte se apaga en la indiferencia y el anonimato. Las matanzas se tornan al mismo tiempo más súbitas, masivas y sobre todo recíprocas. El efecto retardado del gran holocausto anónimo de la guerra moderna fue paradójicamente la difusión del pacifismo. La extensión de la idea pacifista es más reciente de lo que se cree y debe más a las carnicerías provocadas por la guerra tecnológica que a la idea ilustrada de “paz perpetua”.

*La movilización total*, otro título de Jünger, se refiere a un hecho también puesto de relieve durante la Primera Guerra, en especial con la intervención de los Estados Unidos. Consiste en el alistamiento de todas las fuerzas —no sólo las propiamente castrenses como ocurre en regímenes militaristas—, incluida la capacidad industrial y productiva. Un fenómeno que entra como un vector estratégico en la definición de las “guerras de material”. Jünger lee todos estos fenómenos como otros tantos signos de un gran giro de los tiempos. Una nueva realidad está emergiendo: el predominio, justamente, de la Figura del Trabajador.

El alistamiento laboral es una forma más exhaustiva de enrolamiento que el propio reclutamiento militar. La conversión de toda actividad —deporte, administración, recreación y hasta la guerra misma— en una suerte de trabajo, profesión o industria es una manifestación de este predominio del “Trabajador”. Porque “Trabajador” no designa una clase: incluye

por igual al obrero, al campesino, al profesional y al técnico, como también al gestor y administrador, incluso al soldado. No indica una pertenencia social sino una “forma” o “figura” a la que Jünger atribuye el poder de gestar la historia venidera. El “Trabajador” sería en este sentido equivalente al Zaratustra de Nietzsche, en cuanto figura preparatoria de un advenimiento<sup>6</sup>.

Con la caracterización del “Trabajador” como “Figura” y “estado de vida” (*Lebenstand*), Jünger quiere desmarcarse ante todo de una posible interpretación hegeliana, en particular de una eventual asimilación con el *proletario* del marxismo. La condición de “Trabajador” no viene determinada desde lo social-político. Es, antes bien, una forma emblemática del poder de la Figura, de su capacidad de movilización del mundo; de su poder impositivo también, puesto que las pautas de eficacia, rendimiento y productividad tienden a operar como cánones o reglas más o menos coercitivas.

Sin embargo, pese a las advertencias de Jünger en el sentido que el Trabajador no representa una “clase” sino un “estado de vida”, él opone reiteradamente el dominio de la Figura del Trabajador al dominio de la burguesía y el liberalismo. Si el dominio de la burguesía invocó nuevas ideas y principios en la desconstrucción del Antiguo Régimen, atacando su legitimidad, el dominio del Trabajador, en cambio, no se sostiene en ideas. Viene determinado por un acontecimiento mayor que hoy se impone casi con la fuerza de un hecho natural: “aquí —señala el autor— se trata menos de nuevos pensamientos o de nuevos sistemas que de una nueva realidad”<sup>7</sup>. Él pretende que la emergencia del nuevo poder es de orden objetivo y se

<sup>6</sup> Quizá valga la pena hacer un alcance sobre *Der Walgang*, otra obra de Jünger (traducida como *Tratado del rebelde*, Sur, Buenos Aires, 1963), que puede leerse como un contrapunto de *El trabajador*. En efecto: *Wald* significa *bosque*, no en el sentido de la plantación forestal, sino de la *selva*. *Der Walgang* es la “marcha a la selva” y *Der Waldgänger* es el que elige marcharse a la selva. Su nueva morada lo “convierte en apátrida y aislado, viéndose expuesto al aniquilamiento”. Con este acto extremo de libertad, el *Waldgänger* restaura en él e intenta restaurar para los otros la humanidad amenazada por los poderes ilegítimos.

El tema tiene una antigua raigambre en la tradición literaria alemana y aun más atrás, en leyendas germanas. Se encuentra en la poesía del romanticismo, en Schiller y Hölderlin, de donde lo recogió Hegel para sus “individuos históricos”: los que crean mundo porque “saben lo que exigen los tiempos”. El Zaratustra de Nietzsche es un *Waldgänger*: habita entre animales silvestres y cuando cree haber ganado el derecho a hablar, desciende de sus montañas a “una ciudad situada junto a los bosques”. Heidegger mismo, cuando intenta exaltar en Leo Schlageter la figura de un héroe historial alemán, se inscribe en esta tradición literaria que Hegel llevó a la filosofía.

El *Waldgang* se malentiende al traducirlo por *emboscadura* tanto como si se entiende el *Wald* como “selva interior” (J. Fermandois, *op. cit.*, pp. 473 y 516).

<sup>7</sup> Ernst Jünger, *Der arbeiter*, *op. cit.*, Prefacio.

inscribe en una suerte de proceso histórico-natural como es el despliegue del poder de la técnica, o del materialismo podría decirse también, a condición de levantarle a la palabra su maldición espiritualista y atenerse a “la esencia del materialismo [que] no consiste en la afirmación de que todo es materia sino en la determinación de todo ente como material del trabajo” (Heidegger). Esta determinación no sería ya responsabilidad de una nueva teoría jurídico-política ni vendría deparada por una filosofía, sino justamente por el predominio que adquiere la Figura en el mundo actual.

La lectura del presente con la mirada del trabajador significa, pues: en una óptica que ya no es —que no quiere ser— la del dominio de ideas. Jünger califica de “abstracta” la dominación ejercida por la burguesía, en razón justamente de que se ha practicado en nombre de principios que el estado presente del mundo habría invalidado y puesto en bancarota. “Los principios de este mundo [burgués] cambian de sentido cuando se les priva de adversario”<sup>8</sup>. Quiere decir que valen como referentes estratégicos en un campo de fuerzas en lucha, por tanto, rigen en la medida que sirven para mantener a raya a un adversario. Tampoco cree Jünger que la crítica pueda hacer mayor mella en el orden liberal: “el liberalismo mantiene desde hace mucho una categoría particular de bufones de corte cuya tarea consiste en espetarle verdades que se han convertido en inofensivas”<sup>9</sup>.

Jünger no quiere sacarle nada en cara al liberalismo, quiere simplemente leerle su suerte: algo más grave y definitivo porque vendría determinado por la situación misma, caracterizada por una ilegitimidad fundamental y por el estado de “movilización total” que crea el predominio de la Figura. “Durante la guerra mundial —escribe— todas las potencias permanecían condenadas a un grado de movilización insuficiente, que muestra que subsistía aún, por lejano que fuera, cierta relación con el legitimismo”<sup>10</sup>.

El autor no aclara por qué el “legitimismo” de antaño estaría reñido con la actual “movilización total”. Pero es fácil imaginar que sus reservas van más allá de los principios del liberalismo y que alcanzan a la Ilustración misma, a la creencia ilustrada en un cambio de mundo que vendría de la mano de nuevas ideas. La “movilización total” y el predominio del trabajador no responden precisamente a ideas legitimadoras: expresan una nueva realidad en que prima la eficacia de la acción sobre su legitimidad: por eso puede asociarse a lo que Nietzsche llamó el “nihilismo activo” y Heidegger advenimiento del “imperio de la técnica”.

<sup>8</sup> *Ibidem*, II, § 71.

<sup>9</sup> *Ibidem*, II, § 67.

<sup>10</sup> *Ibidem*, II, § 71.

Pero el pasaje comentado revela por otra parte la ambivalencia fundamental del fenómeno de la dominación del trabajo. Por un lado, las potencias estaban “condenadas” a una “movilización insuficiente” en un marco en que imperaba aún la legitimidad, o sea, la vigencia de ciertos principios e ideas. En tanto la “movilización total” tiene el carácter impositivo del parámetro técnico. De nada vale darle vuelta la espalda; antes bien, dice Jünger, “es preciso rendir homenaje [a los acontecimientos] a pesar de los peligros que representan”<sup>11</sup>.

Se aparta así de la esperanza que ha querido ver en el progreso una forma de perfeccionamiento superior y en la técnica un medio o instrumento suyo. “Las raíces de esta confianza [en el avance de los medios] se sumergen en la fe que tiene a la técnica por un instrumento del progreso y, por tanto, de un orden del mundo razonable y moral. A eso se asocia la idea que hay medios tan destructivos que el espíritu humano los encierra en los armarios para venenos”<sup>12</sup>. No es posible, pues, como quiere el sano sentido común, “tomar lo bueno de la técnica y dejar de lado lo malo” como quien separa la cizaña de la hierba y la pone a salvo en el estante de los tóxicos.

Jünger se prohíbe todo asomo de nostalgia romántica contra la técnica; pero rechaza al mismo tiempo la esperanza blanda en que ella nos deparará un progreso sustantivo, un mundo más “razonable y moral”. Hay que abrazar y querer la nueva realidad emergente, pues es tan inútil rehuirle a su poder como necio ignorar el holocausto de destrucción y muerte que trae consigo. En esto consiste el “Realismo heroico” como llama Jünger la disposición afirmativa frente a la negatividad. No es aceptación pura y simple: es un “sí” que sale al encuentro y rinde homenaje a lo nuevo que emerge: encara sus peligros y va a la ofensiva. Rehúsa refugiarse en la añoranza del mundo que se fue, así como en la falsa fe en el progreso.

El recuerdo de la formación militar de Jünger respondía, no obstante, sobre todo al hecho de que él practica una forma de pensamiento estratégico, un modo de pensar técnico —diríamos— porque se trata no tanto de argumentar y demostrar, como de mostrar situaciones que revisten un significado operativo, una valencia estratégica, porque presenta un campo de fuerzas en pugna. Las ideas tienden a constituirse así en dispositivos tácticos, artefactos, armas de combate.

Jünger ha reconocido en cierto modo este aspecto de su discurso que él caracteriza como “metodológico”, porque “se esfuerza por proceder según las reglas del ejercicio militar, en que una multiplicidad de casos da la

---

<sup>11</sup> *Ibídem*, Prefacio.

<sup>12</sup> *Ibídem*, II, § 54.

ocasión de *entrenarse* en un solo y mismo tipo de *intervención*” (Prefacio). Este reconocimiento es, sin embargo, todavía insuficiente porque define la forma general de adquisición de habilidades: vale igual para el entrenamiento o adiestramiento en una habilidad laboral como deportiva, manual, intelectual o castrense.

No se trata, a mi juicio, sólo de eso. La atención excepcional que Heidegger le concedió a Jünger y particularmente a esta obra, radica justamente en esto: Jünger habría tenido una experiencia y apropiación del sentido de la técnica moderna que rebasa el plano de las ideas. Por eso, él habría penetrado en una dimensión esencial del presente: pues su visión del estado actual del mundo rebasa las ideologías. El mismo Heidegger confiesa que su libro *La pregunta por la técnica* debe a las “descripciones” contenidas en *El trabajador* de Jünger un avance duradero”.

Como se sabe, Heidegger comentó este libro ante un reducido círculo de profesores universitarios y refiriéndose a ese evento señalará más tarde: “provocó extrañeza el hecho de que un libro tan perspicaz estuviese publicado hacía tantos años y que nadie hubiese decidido intentar la empresa de permitir que la mirada se dirigiese hacia el presente con la óptica del ‘trabajador’ y de pensar de un modo planetario”. “Su obra *El trabajador*, agrega, ha ofrecido la *descripción* del nihilismo europeo en la fase subsiguiente a la Primera Guerra Mundial”.

Es muy infrecuente, es un hecho único que Heidegger haga un reconocimiento tan categórico y explícito, dedique un seminario además de un libro —me refiero a *Sobre la cuestión del ser*— a un pensador vivo. Ni siquiera Husserl, su maestro y creador del método fenomenológico, recibió un trato semejante de su parte. Seguramente eso se debe en parte a que el método no es para Heidegger tan decisivo como la *visión* y Jünger procura justamente la visión del carácter incipientemente planetario de la historia del nihilismo en la fase de la entreguerra.

Detengámonos, sin embargo, en los tres aspectos mencionados:

1. La obra *El trabajador* “describe” una fase de la historia del mundo: el nihilismo de la postguerra o de la víspera de la Segunda Guerra.
2. La obra permite mirar el presente en óptica planetaria.
3. Esta perspectiva se abre porque la Figura del Trabajador procura acceso a la dimensión decisiva que adquiere el trabajo en el mundo moderno. Es decir, porque la historia presente está bajo el signo de la Dominación del trabajo.

El primer punto —el carácter descriptivo— significa que esta escritura no tiene pretensión teórica, que quiere ante todo *ver* y hacer ver a través de ciertos signos, los rasgos definitorios del presente. Se dirá, y con



razón, que esto representa ya cierta forma de teoría. Pero Jünger mismo pretende exponer simplemente los rasgos salientes del presente: ser el intérprete que los hiciera relumbrar. “Nuestra tarea —escribe— consiste en ver, no en juzgar”.

La pregunta que surge, entonces, es si la expectativa que Jünger levanta sobre el porvenir es tan inocente y “descriptiva” como Heidegger pretende, refiriéndose, claro está, al nihilismo.

Los signos más aparentes son, por lo visto, aciagos, pero Jünger pretende que “bajo el predominio de la Figura del Trabajador” y de la técnica se anuncia, a la vez que un ocaso, un gran cambio de mundo que ya está en cierto modo maduro. La tarea, escribe, “consiste en describir el monstruoso proceso de muerte de que somos testigos. Esta muerte concierne al mundo burgués y los valores que él ha gerenciado. Esta muerte se extiende más allá del mundo burgués en la medida en que el burgués mismo es sólo un heredero”<sup>13</sup>. Esta ruptura no separa dos generaciones, dos siglos sino que marca el fin de relaciones milenarias.

Se trata, sin duda, de una proyección fallida: no hubo el tan anunciado final. El augurio vale, en todo caso, como signo de un clima, de una sensibilidad epocal. La melodía de fondo es la misa de réquiem del mundo moderno que por lo visto viene sonando desde hace mucho y por entonces se emitía en estéreo, desde las izquierdas como desde una derecha.

En lo que no se equivocaba Jünger era en cuanto a la inminente crisis de la democracia liberal en una parte de Europa y de América, aunque a la postre no resultó un colapso definitivo como él suponía... Y lo deseaba: el “monstruoso proceso de muerte” se refiere a lo que ha sido y todavía es, pero conlleva —esta es la convicción de Jünger— una promesa sobre el mundo venidero.

La promesa la veía paradójicamente asociada al predominio de la técnica y de la Figura de Trabajador. Él define la técnica precisamente así: es “la manera como la Figura del Trabajador moviliza el mundo”<sup>14</sup>. Quiere decir, por una parte, que la técnica no es la acumulación y perfeccionamiento instrumental. No es el apertrechamiento armamentista y la implementación mecánica de la producción. “El hecho de que en nuestra época la técnica aparezca como el único poder que no está sujeto a estos síntomas [crisis económica, parlamentos ineficaces y vacuidad] revela que ella pertenece a otro sistema de referencias más decisivo”<sup>15</sup>. En consecuencia, “para

---

<sup>13</sup> *Ibidem*, II, § 58.

<sup>14</sup> *Ibidem*, II, § 44.

<sup>15</sup> *Ibidem*, II, § 45.

tener una relación real con la técnica —escribe— es preciso ser algo más que un técnico”<sup>16</sup>. Afirmación que evocará a más de alguien otra muy similar de Heidegger: “la cuestión de la técnica no es ella misma un asunto técnico”.

La invocación de Heidegger nuevamente aquí responde a la hipótesis de que ambos permanecen referidos al mismo plexo de significados. Ocurre que Heidegger sostuvo, con posterioridad a su adhesión al nacional-socialismo, que la seducción que él experimentó por ese movimiento respondía a que vio en él una “Irrupción” o “Despertar”, un *Aufbruch*. Este no habría que verlo sólo en una óptica nacional, aunque importe particularmente a Alemania. Se trata de un fenómeno que trasciende con mucho, incluso lo europeo y que tiene que ver con una palabra de Nietzsche: “Un tiempo vendrá en que una lucha se entablará por el dominio de la tierra. Esta lucha se llevará a cabo *en nombre* de las doctrinas filosóficas fundamentales”. “En nombre” porque se invocarán ciertas doctrinas pero ellas no serán las verdaderas protagonistas: la lucha se llevará a cabo por la Dominación.

La técnica moderna libera justamente un poder de dominación hasta ahora desconocido, que suplanta cualquier idea, doctrina, utopía o ideología. “La técnica en cuanto destructora de toda fe es el poder más decididamente anticristiano que haya surgido hasta ahora”, escribe Jünger<sup>17</sup>.

El poder de la técnica suplanta incluso a los sujetos: para un artillero aéreo, el ejemplo es de Jünger, una catedral gótica es un punto de mira dentro de una zona de tiro”. Y: “en el círculo de espectadores de un cine o de una carrera automovilística hay una devoción más profunda que la que se encuentra en una cátedra o ante un altar”<sup>18</sup>.

Serían estos otros tantos signos de este desplazamiento del fervor y del poder suplantador de la técnica. La metáfora del aprendiz de brujo es pertinente, porque conviene a este fenómeno de disolución, de conversión de los sujetos en objeto. Los procesos técnicos *se desatan* con una dinámica propia: “La técnica posee su propio curso que el hombre no puede detener a su arbitrio cuando el estado de los medios parece bastarle”<sup>19</sup>. Semejante lógica de las cosas puede incluso tener por efecto que “puedan estallar guerras en una situación en que todo el mundo es pacifista”<sup>20</sup>.

---

<sup>16</sup> *Ibidem*, II, § 44.

<sup>17</sup> *Ibidem*, II, § 46.

<sup>18</sup> *Ibidem*.

<sup>19</sup> *Ibidem*, II, § 51.

<sup>20</sup> *Ibidem*, II, § 63.

Cabe, pues, preguntar si la cuestión acerca del predominio del Trabajador y del materialismo no indican aquí, junto con una lectura del presente, una propuesta en la que sea el Estado alemán quien asuma las tareas de hoy. “Numerosos signos indican que estamos a las puertas de una nueva edad donde de nuevo puede ser cuestión de dominación real, de orden y subordinación”. “Es muy importante saber cómo se efectúa el reemplazo del dominio aparente de la burguesía por la dominación del trabajador, y por tanto la alternancia de dos imágenes fundamentalmente diferentes del Estado”. Y agrega: “Ninguna grandeza política tratará de actuar sin reclamar del socialismo o del nacionalismo y es preciso ver bien que esta fraseología está a disposición de todos los que saben servirse de las 24 letras del alfabeto”<sup>21</sup>.

La profecía de Nietzsche hablaba de las “doctrinas filosóficas fundamentales” y de una lucha entablada, en nombre de ellas, por la dominación. Jünger lee esta predicción en la pugna entre nacionalistas y socialistas. Pero, al mismo tiempo, considera como Nietzsche que esta no es la verdadera oposición, que es una pura escaramuza, una “fraseología” al alcance de cualquiera. La legitimación del dominio del trabajador “no viene por medios abstractamente intelectuales”, ella sólo se reconoce como un proceso “de naturaleza objetiva”<sup>22</sup>. Jünger incluye al marxismo como expresión de esta legitimación por medios “abstractamente intelectuales”, aunque Marx sostenía, antes que Jünger, que la propia dinámica del orden burgués llevaría a su colapso.

La equivalencia, en todo caso, Jünger la expresa a propósito de la nueva imagen del Estado que “trata de expresarse por una parte en el programa de un nacionalismo revolucionario, y por otra parte en el de un socialismo revolucionario. Estos dos campos tomarían conciencia de su unidad de un modo muy tangible”<sup>23</sup>.

Esta afirmación podría entenderse como una profecía del Pacto germano-soviético de 1939, pero es más bien una directa alusión al nacional-socialismo, que pretendía reunir precisamente las dos doctrinas contrapuestas en nombre de las cuales se llevaría a cabo la dominación de la tierra. Jünger ve en el socialismo “la condición de una estructuración autoritaria más rigurosa y el nacionalismo como la condición para tareas de rango imperial”<sup>24</sup>. Al juntar nacionalismo y socialismo debería resultar, pues, un

---

<sup>21</sup> *Ibídem*, II, § 64.

<sup>22</sup> *Ibídem*, II, § 75.

<sup>23</sup> *Ibídem*, II, § 68.

<sup>24</sup> *Ibídem*, II, § 68.

Estado nacional más estructurado, más autoritario, pero al mismo tiempo a la altura de las “tareas de rango imperial”.

Jünger creía que la burguesía no se adecuaría a las nuevas tareas, que estaba hecha a un género de dominación distinta. Por tanto, que la Figura del Trabajador y en último término el poder que libera la técnica, planteaba para ella un problema insoluble que, a la postre, traería su derrota.

Entonces la lectura del presente en la óptica del “Trabajador” tiene también otra variante: no sólo significa el final de la fe ilustrada en el poder de las ideas, el final del liberalismo y de la burguesía. Es la lectura de las condiciones y el escenario de cualquier dominación futura, pero sobre todo es la ocasión de que Alemania deje de ser objeto de dominación y se asuma ahora como sujeto planetario: se aboque a las tareas de rango imperial. “Si echamos una mirada retrospectiva sobre más de un siglo de historia alemana, podemos confesar con orgullo que hemos sido malos burgueses”, escribe Jünger<sup>25</sup>. Que lleguen, en cambio, a ser buenos trabajadores tampoco dependerá sólo de sus propias fuerzas sino de esta situación cuya elucidación justamente es la tarea que se propone Jünger. □

---

<sup>25</sup> *Ibíd.*, I, § 1.